

los cristales del techo, que ya no dejaban filtrar más que un débil crepúsculo; la sala se había convertido en una cloaca, bajo el gotear de los paraguas y el patear de la multitud; un suelo fangoso de cuadra mal cuidada, cubierto de toda clase de papeles desgarrados; mientras que, en el *parquet*, veíase la mezcla de las tarjetas, las verdes, las rojas, las azules, echadas á puñados, y tan abundantes aquel día, que desbordaban del gran canastillo.

Mazaud volvió al despacho de los agentes de cambio, al mismo tiempo que Jacoby y Delarocque. Se aproximó al *buffet*, se bebió un vaso de cerveza, devorado por una sed ardiente, y miraba la inmensa pieza, con su guardarropa, su larga mesa central rodeada por los sillones de los sesenta agentes, sus cortinas de terciopelo rojo, todo su lujo sin carácter y pasado que la hacía asemejarse á una sala de espera de primera clase, en una gran estación; y la miraba con el aire asombrado de un hombre que no la hubiera visto nunca. Luego al irse, sin hablar una palabra, estrechó las manos de Jacoby y de Delarocque, con el apretón acostumbrado, palideciendo los tres, bajo su correcta actitud de todos los días. Había dicho á Flory que le esperase á la puerta; y allí lo encontró en compañía de Gustavo, el cual había dejado definitivamente la agencia hacía una semana, y que había ido como simple curioso, siempre sonriente, llevando una vida divertida, sin preguntarse si su padre

podría aún pagar sus deudas; mientras que Flory, pálido, con bromillas sin gracia, se esforzaba por hablar, bajo la terrible pérdida de un centenar de miles de francos que acababa de sufrir, y no sabiendo siquiera donde encontrar un céntimo. Mazaud y su empleado desaparecieron en medio de la lluvia.

En la sala, el pánico se había desencadenado alrededor de Saccard sobre todo, allí era donde la guerra había hecho sus extragos. Sin comprender en el primer momento, había éste asistido á aquella derrota, haciendo frente al peligro. ¿Por qué todo aquel ruido? ¿No era que llegaban las tropas de Daigremont? Después, cuando oyó que los precios se derrumbaban, sin explicarse de ningún modo la causa del desastre, se irguió para morir en pie. Desde el suelo subía á su cráneo un frío de hielo, tenía la sensación de lo irreparable, aquello era su derrota para siempre; y en su dolor no entraban para nada el sentimiento bajo del dinero, la cólera de los goces perdidos; no sentía más que su humillación de vencido, la victoria de Gundermann, brillante, definitiva, que consolidaba una vez más la omnipotencia de este rey del oro. En aquel momento estuvo verdaderamente soberbio, toda su personilla desafiaba al destino, sin parpadear, alta la cara, solo contra la ola de desesperación y de rencor que veía ya subir en contra suya. La sala entera hervía, se desbordaba hacia su pilar, apretábanse los puños,

las bocas balbuceaban malas palabras; y él conservaba en los labios una sonrisa inconsciente que se podía tomar por una provocación.

En primer término, en medio de una especie de niebla, vió á Maugendre, pálido como un muerto, á quien el capitán Chave se llevaba del brazo, diciéndole que bien se lo había pronosticado, con una crueldad de jugador ínfimo, contento al ver destrozados á los grandes jugadores. Después vió á Sedille, contraído el rostro, con el aspecto loco del comerciante cuya casa se derrumba, que fué á darle un apretón de manos vacilante, como hombre bonachón, y como para decirle que no lo odiaba. Al primer crujido, había desaparecido el marqués de Bohain, pasándose al ejército triunfante de los bajistas, diciendo á Kolb, el cual también se hacía prudentemente á un lado, que aquel Saccard le inspiraba muchas dudas desde la última junta general. Jantrou, trastornado, se había eclipsado de nuevo, corriendo á llevar el último precio á la baronesa Sandorff, que iba seguramente á tener un ataque de nervios, en su cupé, como le sucedía los días de gran pérdida. Y allí estaban todavía, enfrente de Salmon siempre mudo y enigmático, el bajista Moser y el alcista Pillerault, éste provocativo, con aspecto fiero, á pesar de su ruina; el otro, que ganaba una fortuna, amargándose la victoria con lejanas inquietudes.

—Ya veréis cómo esta primavera tenemos la

guerra con la Alemania. Todo esto huele mal, y Bismarck nos acecha.

—¡Eh, dejadme en paz! Todavía esta vez, he cometido la tontería de reflexionar demasiado.... ¡Tanto peor! Esto pasará y todo irá bien.

Hasta entonces no había flojeado Saccard. Pero el nombre de Fayeux, aquel recaudador de rentas de Vendome, con quien se encontraba en relaciones, por toda una clientela de pequeños accionistas, acababa de producirle malestar, haciéndole pensar en la enorme masa de los pequeños, de los capitalistas miserables que iban á ser aplastados bajo los escombros del Universal. Y, de pronto, la vista de Dejoie, lívido, descompuesto, hizo más agudo aquel malestar, personificando todas las humildes y lamentables ruinas en aquel pobre hombre á quien conocía. Al mismo tiempo, por una especie de alucinación, evocáronse los pálidos, los desolados rostros de la condesa de Beauvilliers y de su hija, que lo miraban enloquecidas con sus ojos desmesuradamente abiertos, llenos de lágrimas. Y, en aquel momento, Saccard, aquel corsario de corazón curtido por veinte años de brigandaje, Saccard, cuyo orgullo era no haber sentido nunca en el sus piernas, no haberse sentado nunca en el banco que había allí, contra el pilar, Saccard experimentó un desfallecimiento y tuvo que dejarse caer en aquel, un instante. La aglomeración seguía refluendo y amenazaba ahogarlo. Necesitando aire, alzó la cabeza, y en seguida se

puso en pie al reconocer arriba, en la galería del telégrafo, inclinada sobre la sala, á la Mechain que dominaba con su enorme persona el campo de batalla. Su viejo saco de cuero negro, estaba apoyado al lado suyo sobre la baranda de piedra. Esperando amontonar en él las acciones depreciadas, acechaba los muertos como cuervo voraz que seguía á los ejércitos financieros, hasta el día de la matanza.

Entonces Saccard, con paso firme, se fué. Parecía vacío todo su ser; pero, por un extraordinario esfuerzo de voluntad, andaba sólido y erguido. Sólo sus sentidos se habían como enervado, no sentía el suelo, creía andar sobre una alfombra de espesa lana. Del mismo modo, una bruma anegaba sus ojos, un clamor hacía zumbar sus oídos. Mientras que salía de la Bolsa y bajaba la escalinata, no reconocía á las gentes, no miraba más que fantasmas flotantes que lo rodeaban, formas vagas, sonidos confusos. ¿No había visto pasar la caraza gesticulante de Busch? ¿No se había parado un momento para hablar con Nathansohn, muy contento, y cuya voz debilitada le parecía venir de lejos? ¿No lo acompañaban Sabatani y Massias, en medio de la consternación general? Volvíase á ver en el centro de un grupo numeroso, en el que acaso estaban todavía Sedille y Maugendre, toda clase de figuras que se borraban, se transformaban. Y cuando iba á alejarse, á perderse en la lluvia, en el fango líquido en que París estaba sumergido, repi-

tió con voz aguda á todo aquel mundo fantástico, poniendo su última gloria en mostrar su despreocupación:

—¡Ah, qué disgustado me tiene esa maceta de camelias que han dejado olvidada en mi patio, y que ha muerto de frío!